

Al buscar certezas en la permanencia de la letra escrita, el fingidor se identifica con el objeto que la escritura produce. Allí queda fija su identidad, pero tal fijeza, como todo lo fijo, es mortífera. La identidad es también la muerte. El ser, entonces, se dirige, para no morir, a lo otro, y se define por esta alteración: «Somos quien no somos» define Soares.

Ser es devenir, es no realizarse, estar disponible y posible. Realizarse, como en el sueño, donde no tenemos intervención alguna, es apartarse del mundo, rescatar la inútil pureza de un ser que no tiene nada en común con los otros seres. El sueño es un deseo que se pone como objeto de sí mismo, cumple su apetencia y, al quedarse exhausto de ambos, se anula como sujeto. Es un modelo de saciedad, pero, como tal, incompatible con la vida.

Desmontado con todas estas alquimias del análisis el yo, ¿qué ha quedado de esa prestigiosa institución de la literatura llamada autor? Silas Flannery es concluyente: un nombre en una portada, en muchas portadas de libros. Lo que Borges (acaso compañero de oficina de Bernardo Soares) llama «una superstición tipográfica» (también offset, of course).

El autor no tiene mayor ni mejor existencia que los personajes y paisajes que se describen en sus libros. Es tan fantasmático y gráfico (digo: inherente a la industria gráfica) como ellos, tan intermitentes en su existencia (y en su inexistencia, por tal). «Punto invisible del cual vienen los libros, vacío recorrido por fantasmas».

Lo deseable, pues, para el fingidor, sería no existir, escribir, escribir sin que entre el que escribe y lo escrito se interpusiera la incómoda máscara de la persona. Lo narrable se narraría, lo escribible se escribiría. Como esto es impracticable, porque supondría la plenitud sagrada de la escritura, entonces aparece el baile de máscaras al cual ya hemos asistido. Una escritura sin centro y sin yo sería absoluta pero sería, por lo mismo, ilegible. Escribir y leer son ejercicios de malentendidos, la perfección del signo y la lectura final y completa no pertenecen al mundo de la literatura. Entre tanto, fungen los apócrifos y los heterónimos, entre ellos los que aparecen en las cuentas por liquidación de derechos de autor que llevan ciertas empresas editoriales y miran con avidez los inspectores de la Hacienda Pública.

5

El primer secreto de todo discurso, tal vez su único secreto, reside en el supuesto sí mismo imaginario que lo nuclea. Este es secreto porque resulta desconocido a quien pronuncia el discurso. Discurrir es decir sin saber de lo dicho. Yo soy quien ignora quién es. El saber de mi discurso no es mío, es saber del otro. En esta dialéctica de enajenaciones reside lo que llamamos sociedad. Estamos asociados para escucharnos, para descifrarnos, a veces hasta para entendernos (en francés, para entender basta con escuchar: *entendre*).

«Estás henchido de secretos que llamas Yo. Eres la voz de tu desconocido», escribe Teste y añade que cuando uno entra en ese reino secreto, lo hace como el propietario que defiende o conquista un predio, armado hasta los dientes (los dientes

sirven para comer, como es sabido). Es que, para saber algo de ti mismo, debes dar la voz a otro, pues uno es el que sabe y otro es el sabido (Mairena, XXIX).

*No me pidáis presencia;
las almas huyen para dar canciones:
alma es distancia y horizonte, ausencia.*

(Complementarios, 100 V)

Tal vez hemos llegado al fondo, quiero decir al comienzo del abismo: la radical heterogeneidad del ser que se hartó de proclamar Mairena, la inconciliable distancia y el inevitable parentesco del ser y el pensar. El ser es continuidad que huye y el pensar es discontinuidad que intenta detenerse y quedarse para luego seguir. Pero en cuanto el pensar se detiene, el ser le ha sacado muchos pasos o kilómetros de distancia. El ser es todavía y el pensar es siempre. Para reconocerse hay que pensar y el ser reconocido escapa al pensamiento. Por eso el demonio tienta a Teste ordenándole: «Demuestra que eres aún quien has creído ser.» No, ni Teste ni nadie será quien fue y apenas un nombre, heterónimo del innombrable y apócrifo del auténtico, proporcionará la ilusión de la permanencia. En el horizonte hay ausencia y en el alma (lo imaginario del yo) hay distancia.

La razón persigue al otro, quiere roerle la existencia porque impide la identidad definitiva del ser y el pensar. Pero lo que ocurre es que, cuando los dientes de la razón encuentran al otro, se gastan en una erosión infructuosa, en la cual antes parece el instrumento que el objeto. El pensar es infinito, entonces, pues no puede ser coextensivo al ser ni excederlo. Sólo se detiene ante el ser cuando renuncia a él y se acomoda en la creencia, haciendo de ella su querencia. Esta es un como si del conocer, finalmente otro discurso apócrifo. Es como si el discurso hubiera alcanzado la totalidad del ser, pero sin alcanzarlo. Lo contrario es la melancolía incurable de la razón, la conciencia desdichada, que se para en alguna esquina del infinito, contemplando las calles que nunca recorrerá. Admite sus carencias, las que no podrá llenar jamás, y hasta es capaz de angustiarse.

Abel Martín nos propone confiar en la mirada: mirar es un acto de fe. Si Dios nos mira, existimos. Cuando deja de mirarnos, desaparecemos. Nos sentimos solos, el mundo se desertiza. Hay en la mirada algo genesíaco, algo seminal, que sostiene la vida y que, como ésta, es una espiral y una red cuyos contornos se nos escapan, perdidos como andamos en su trama.

*Mis ojos en el espejo
son ojos ciegos que miran
los ojos con que los veo.*

No es la mirada especular la que me dará la vida, aunque me mire. Será la mirada del otro, que no podrá verse sino en mi mirada. Mi mirada será el reflejo apócrifo de la suya, como la suya es el espejo engañoso de la mía.

En 1923, un joven porteño y fervoroso escribía: «Nuestras nada poco difieren; es trivial y fortuita la circunstancia de que seas tú el lector de estos ejercicios, y yo su redactor.» En 1954, el joven era un hombre maduro y casi ciego que decía: «Los doctores del Gran Vehículo enseñan que lo esencial del universo es la vacuidad.» Hacia 1956 la ceguera lo obligaba a dictar estas palabras: «Así mi vida es una fuga y todo lo pierdo y todo es del olvido, o del otro. No sé cuál de los dos escribe esta página.»

Muchas veces, el anciano se asoma al espejo. Sospecha que el espejo lo ve y él no puede verlo, ni puede verse en el artefacto. El espejo verá a incontables otros, que él mismo no podrá ver. No importa: si lo esencial del universo es su vacuidad, todo rostro es apócrifo y todo nombre es heterónimo de ese majestuoso vacío sin nombre.

Una mañana de invierno, Luis Rosales me sugirió el tema de este divertimento. Dijo que había descubierto a un escritor español de principios del XVII, un morisco llamado Cide Hamete Benengeli, que se ocultaba con seudónimos vacilantes como Alonso Quijano o Alonso Quijada. Este señor escribía bajo el heterónimo de Miguel de Cervantes, homónimo de un autor entonces en boga, a quien se deben *La Galatea* y el *Persiles*.

Pensé que Fernando Pessoa y Angel Crespo eran heterónimos de Bernardo Soares y que Italo Calvino y Esther Benítez lo eran de Silas Flannery. Jorge Luis Borges, de quien se dice que conoció a Soares en un despacho contable de Lisboa, hacia 1929, es, indudablemente, un heterónimo de Pierre Ménard, heterónimo de Miguel de Cervantes, heterónimo de Cide Hamete Benengeli.

—¿Y nosotros qué somos? —pregunté.

Nos despedimos, creo, con un mutuo aire fantasmal. Las mañanas de frío nos hacen leves como fantasmas.

BLAS MATAMORO
Cuadernos Hispanoamericanos



Ultima fotografia de Pessoa, tomada por Augusto Ferreira Gomes en 1935